

CRÓNICA

VIOLINISTAS DONOSTIARRAS.—ACADEMIA MUNICIPAL DE MÚSICA
DE SAN SEBASTIÁN

QUÉ se hace de todos esos muchachos que, con la caja del violín al brazo, vemos llegar a los domicilios de los profesores respectivos?

Esta pregunta la oíamos repetir insistentemente, ante el resultado un poco paradójico, de que apenas podían reunirse en San Sebastián elementos de cuerda suficientes para constituir una orquesta.

Y, sin embargo, raro era el *mukizu* que no hiciera sus primeras *armas* en el manejo del *arco*.

Todo fiel cristiano que se aproximara al atrio de Santa María, no podía menos de sentir heridos sus oídos por las notas, a veces un poco desgarradoras, producidas por los jóvenes aspirantes a Sarasates.

Procedían del domicilio de los *Siñitos*, donde recibía las primeras lecciones musicales medio censo infantil de aquella época, ya un poco lejana, en que la primera enseñanza en Donostia consistía en saber leer, escribir, las cuatro reglas y *rascar* el violín.

Pero por lo visto no llegaban a la segunda enseñanza, y ahí la explicación de la pregunta que encabeza estos párrafos.

Mientras tanto seguían en el domicilio de los *Siñitos* las notas despiadadas; y en los ratos que dejaban libres los alumnos, los propios profesores se entretenían en hacer filigranas en su mágico instrumento; por lo que, si el movimiento continuo sigue siendo una mentida fantasía, ha muchos años que para los vecinos de la calle Mayor fué atormentadora realidad el «violín continuo».

Los Garcías y los *Sisitos* eran entonces los violinistas predilectos, y de estos últimos, Clemente Iburguren ha llegado a ser concertista de fama muy merecida. No se olvidarán, ciertamente, su actuación en la célebre «Estudiantina española», ni aquella popular «Habanera» en que Iburguren hacía florituras que entusiasmaban a públicos internacionales.

Otro profesor, verdadero maestro, había por aquel entonces en San Sebastián: D. Fermín Barech, de carrera artística bien cimentada, de competencia unánimemente reconocida, de autoridad musical indiscutible.

Bajo su dirección se estableció la primera Academia municipal de música, cuyos resultados fueron sumamente satisfactorios. De allí procedían Juanito Guimón y otros que figuran entre los actuales *virtuosos*.

Poco tiempo duró, sin embargo, esta entidad artística, que apenas fundada, revelóse tan brillantemente. Pequeñeces que derrumban grandes instituciones, se han registrado con frecuencia en Donostia.

Más tarde, la Sociedad Económica de los Amigos del País, con la cooperación de las Corporaciones provincial y municipal, estableció la Academia musical que durante muchos años ha venido funcionando en el ya incendiado Palacio de Bellas Artes, de la calle de Euskal-Erria.

Últimamente, el Excmo. Ayuntamiento de esta Ciudad se hizo cargo de esta institución, que figura hoy con el título de «Academia Municipal de Música».

Pero esto requiere capítulo aparte.

*
* *

El concierto que acaban de celebrar en el Teatro Principal los alumnos de la Academia municipal de música, ha producido verdadero asombro en el público donostiarra; que apenas se había dado cuenta de que en el edificio municipal de la calle de Garibay, el tratamiento de la nicotina había sido sustituido por el culto al divino arte; y de que entre las cantimploras para la verificación de la leche, y las *merzulas* con destino a la *fresquera* municipal, había profesores consagrados a la noble tarea de inculcar en sus alumnos la ciencia musical.

Los desvelos de la Junta auxiliar de música, y la pacienzuda e inteligente labor del distinguido profesorado y de su director, el competentísimo maestro D. Regino Ariz, hanse puesto de manifiesto en el brillantísimo concierto que acabamos de indicar. A la chita y callando,

sin ruidos ni estridencias, han transformado la institución en un verdadero Conservatorio.

¿Pero dónde está ese Conservatorio? En un edificio cuya portada ostenta en gruesos caracteres la inscripción «Depósito provincial» (ya huele a alcohol); al que ante la variedad de los servicios establecidos, no acierta el público a distinguirlo con otro nombre que el de «Antigua fábrica de tabacos» (alcohol y tabaco; dos puntales para el arte).

¡Ah! Si el edificio llevara un nombre rimbombante, a poder ser extranjero, y con preferencia inglés. Es muy elegante vestir a la inglesa. Si los profesores gastaran melena y usaran apellidos (naturalmente extranjeros) con muchas consonantes, de esas que rabian de verse juntas. ¡Ah! Entonces podían prescindir de inculcar a sus alumnos esa educación artística a la que consagran todos sus desvelos. Entonces, con escribir de vez en cuando un estudio acerca de las relaciones existentes entre la producción de la patata y el fagot, u otro tema tan transcendental, en una de esas revistas que nadie lee, habrían cumplido su misión.

Y tendríamos Conservatorio.

Pero enfrascarse en la ingrata tarea de enseñar primero los rudimentos musicales, ampliar y perfeccionar esos conocimientos, para terminar con la completa educación artística tanto vocal como instrumental. Y seguir llamándose Ariz, Larrocha, etc., etc.

Por ese camino no se sale nunca del..... «Depósito provincial».

TEA

